

PATRICIA ESPINOSA

La luz de los hombres

¿E

xiste hoy una literatura comprometida? Sí, seguro. ¿Pero comprometida fuertemente con lo social? La respuesta resulta difícil ya que hablar de compromiso resulta ahora, para muchos, complicado, pasado de moda o simplemente vergonzante. Sin embargo, se echa de menos aquella raza ya casi en total extinción, de intelectuales insolentes, quienes desde la literatura trataban de intervenir en todo. Porque la idea era que ésta no fuera un reducto o especialidad desvinculada de las cosas, donde lo natural no sea mirarse el ombligo; sino que, y aunque parezca una expresión trillada, debía ser una literatura de palabra viva o de vida, donde un escritor a través de su opinión lograba conectarse e intervenir en los distintos ámbitos de la cultura. Quizás por eso la novela chilena, tuvo su boom los primeros 50 años de este siglo, sobretodo pensando en dos momentos grandiosos: cuando surgen la Vanguardia poética y la Generación del 38 o del realismo social. Una suerte de Edad de Oro, en la que sin lugar a dudas posee un sitio destacado Nicomedes Vásquez Guzmán, más conocido como Nicomedes Guzmán, nacido en 1914 y fallecido en 1964, un día después de cumplir los cincuenta años.

Haber nacido en el "trágico barrio Mapocho" y ser hijo de obreros, constituía para Guzmán un privilegio, al igual que el haber trabajado desde niño. Así, en medio de oficios como cargador, mandadero o eterno ayudante, a los 15 años comienza a publicar en la revista infantil El Peneca, con el seudónimo de Darío Ota. Luego, corre por el Deportivo Royal, practica andinismo y participa en la Alianza de Intelectuales de Chile, creada por Neruda, y en el grupo literario Los Inútiles, fundado por Oscar Castro.

Con desesperación

Guzmán incursiona brevemente en poesía con **La ceniza y el sueño** en 1938: nueve románticos poemas, con evocaciones de viajes y resonancias marinas. Posteriormente, escribe ensayo, artículos periodísticos, cuento y novela. Es en este último ámbito donde realmente logra golpear a la literatura nacional, mostrando el mundo desde su peor realidad, con una desesperación tan dura y virulenta como Celine. En 1939 publica **Los hombres oscuros**, autoeditada bajo el sello Yunque, a



Leer **Los hombres oscuros** resulta siempre angustiante. Un libro como éste despierta mil sensaciones, donde el lector a medida que avanza en los humores del conventillo no deja de dolerse, identificarse, temer y aprovechar de mirar todo lo que pueda de aquel infierno que aparece repentinamente desde la palabra de Pablo Acevedo.

la que el mismo Guzmán se encargó de poner las tapas una noche, alumbrado por velas, ya que la imprenta adeudaba la electricidad. Hoy, tras 56 años de su primera edición, nuevamente es reeditada. Leerlo resulta siempre, a lo menos, angustiante, ya que en definitiva un libro como éste, despierta mil sensaciones, donde el lector a medida que avanza en los humores del conventillo no deja de asquearse, dolerse, identificarse, temer y aprovechar de mirar todo lo que pueda de aquel infierno que aparece repentinamente desde la palabra de Pablo Acevedo, el protagonista, quien en una especie de monólogo ya clásico, señala al comenzar: "Mi subarrendadora se llama Hortensia. Su marido es un carnicero tan gordo como ella, y de bigotes afilados que le dan cierto aspecto de italiano. Ambos forman una buena pareja. Su prole es numerosa: cinco retoños... Así, en esos tres cuartos de pieza, viven estas sencillas gentes. El otro cuarto lo ocupo yo".

Acevedo es un solitario lustrabotas, cuya vida transcurre entre el amor por su vecina Inés y las conversaciones con un par de amigos obreros. El conventillo reúne a un enorme grupo de marginados, donde tanto los honestos

como el lumpen viven bajo los códigos del temor y la carencia. Pero están vivos mientras puedan y por eso Pablo se enamora de la joven que escupe sangre. Guzmán no da tregua y parece ensañarse mostrando cómo no queda más que aguantar o reventarse. Uno de los

momentos más terribles del libro, con imágenes de esas que quedan para siempre, es cuando el Servicio de Salud Pública desinfecta el conventillo debido a una epidemia nacional de tifus. Arrasan con la gente y sus pertenencias, devolviéndolos rapados y con un certificado de desinfección. Nadie ha podido escaparse, ni siquiera la muchacha moribunda. El cadáver de Inés con las sábanas ensangrentadas y la cabeza cubierta ocultando la calvicie, parece no sólo el símbolo del despojo total, sino la representación de un mundo demencial. Como en el hospicio de la obra teatral Marat/Sade de Peter Weiss, donde los "insanos" deambulan exhibiendo en su calvicie el mismo desamparo y dolor espeluznante de los personajes de Guzmán.

Vivir al borde

Como la continuación de **Los hombres oscuros**, en 1943, aparece **La sangre y la esperanza**. Una especie de autobiografía del autor, a través de la figura de Enrique Quilodrán, hijo de ferroviario y lavandera. Una familia nuevamente violentada por lo económico y donde se reduce en la mostración de tipos

sociales degradados por sus circunstancias. Lo cual también sucede en **La luz viene del mar**, editada en 1951, última novela de Guzmán. Situada en el norte chileno, para muchos no está a la altura de sus anteriores textos. El tema salitrero es tocado de modo somero y hay cierta saturación en la configuración sórdida de los personajes, particularmente femeninos. Finalmente, **Los trece meses del año**, es el título de una novela inacabada, cuyo primer capítulo fue leído por el mismo autor en un Taller de Escritores de la Universidad de Concepción en 1961. Libro en el cual Guzmán intentaría en parte retomar el tema de las relaciones familiares alrededor de la figura de un muchacho.

En estas tres obras de Guzmán, aparece su teoría acerca de la novela construida como un cuadro: lleno de matices y conteniendo a su vez múltiples pequeños cuadros o

pequeñas vidas, condenadas a vivir en los márgenes e imposibilitados de alcanzar cualquier modo de felicidad. Se vive ante la violencia, la enfermedad o los abusos de poder; sin embargo, la dosis de esperanza igual surge, ya sea por fiestas, el amor, chispazos de placer sexual o por la opción de convertirse en revolucionario. Así, promover el cambio social, denunciar las desigualdades y proponer la culturización de los pueblos como medio de escape, permitirá a Pablo Acevedo, el lustrabotas de **Los hombres oscuros**, seguir viviendo tras la muerte de Inés.

Nicomedes Guzmán fue un gran amigo, como señalan todos los testimonios de quienes lo conocieron. Alguien que se la jugó no sólo por sí mismo, sino también por los demás, recorriendo Chile con su eterna carpeta bajo el brazo en busca de talentos imposibilitados para acceder a una edición, a los que finalmente terminó incluyendo, junto a los consagrados, en alguna de sus 9 antologías de escritores o en uno de los innumerables artículos de difusión.

Hoy, cuando ya no existen las vanguardias y nada parece asombrar, **Los hombres oscuros** una vez más entristecen. Leerlo sin duda es parte de un placer mórbido, una oscura inclinación a participar en una suerte de estética de la carencia o de lo putrefacto que a todos de uno u otro modo involucra. Y si antes Nicomedes Guzmán pretendió remecer, de nuevo y magistralmente lo consigue.



Los hombres oscuros.
Nicomedes Guzmán. LOM
ediciones, Santiago 1995.
109 páginas.